

Chiloé en su Historia

Por

Walter HANISH, S. J.

De la Academia Chilena de la Historia

CRONOLOGIA

Campaña de 1826.

Llegada a Chiloé, 8 de enero.

Desembarco y toma de la batería Corona, 9 de enero.

Toma de la batería de Balcacura, 10 de enero.

Entrada de la escuadra en la bahía de San Carlos, 11 de enero.

Batallas de Pudeto y Bellavista y toma de San Carlos de Ancud, 14 de enero.

Tratado de Tantauco, 18 y 19 de enero.

Proclamación de la Independencia en San Carlos, 22 de enero.



ES CHILOE una isla singular, que mira a un mar interior y se halla rodeada de innumerables islas.

En 1540 la divisó Alonso de Camargo.

En 1553 la descubrió Francisco de Ulloa.

Y el 28 de febrero de 1558 entró en la poesía con Ercilla.

Y al fin una mañana descubrimos de Ancud el espacioso y fértil raso, y al pie del monte y áspera ladera un extendido lago y gran ribera.

Era un ancho archipiélago poblado de innumerables islas deleitosas, cruzando por el uno y otro lado góndolas y piraguas presurosas. . .

Martín Ruiz de Gamboa tomó posesión de la isla grande de Chiloé en 1567, con 110 hombres, y fundó la ciudad de San Antonio de Castro a orillas del río Gamboa, llamando a la provincia Nueva Galicia, por ser gallego Rodrigo de Quiroga, el gobernador que había ideado y llevado adelante la empresa.

Y con estos primeros pasos Chiloé entró en la Historia.

La Geografía

Hay algo de unitario en la geografía de Chiloé y hasta su soledad explica su

economía. El país extiende hasta Concepción la fácil comunicación de sus poblaciones. Más al sur está Valdivia, que tiene una vinculación marítima con el norte menos aleatoria e inconstante que el camino terrestre, sometido a las alternativas de la guerra de los indios rebeldes. El camino de Valdivia a Chiloé es un sueño. El aislamiento de las islas hizo surgir la idea de trasladar la población más al norte por razones de seguridad, que no fue más que un proyecto irrealizado. La destrucción de las ciudades del sur en 1600 cortó los fáciles lazos que se habían establecido con el archipiélago durante medio siglo y el archipiélago volvió a su soledad.

El medio geográfico desarrolló dos fuentes de riqueza para los isleños: el mar y los bosques. El mar ofrece el rico tesoro de su fauna con sus mariscos adheridos a las rocas de su inmenso litoral que enriquecen la cocina isleña con su sabrosa abundancia; los peces que recogen en sus ingeniosos corrales de leñas y ofrecen otro rubro alimenticio, y los lobos, cuyo aceite alimenta a los chonos, pueblo vagabundo de nómadas del mar, y las ballenas que los indígenas de la isla de Cailín saben aprovechar con medios primitivos. Los materiales para naves y casas lo ofrecen los bosques por su abundancia y por su facilidad para ser trabajados con sus herramientas simples de piedra.

La agricultura es pobre, porque los campos demasiado húmedos y el sol escaso a causa de las lluvias permiten un corto número de cultivos. El principal es la papa, que tiene más de cien variedades, y es lo que los cereales en otros pueblos, porque el breve y lluvioso verano no les permite madurar y se ha de secar el grano al aire o al fuego del hogar. Los árboles frutales no encuentran el calor suficiente para madurar y ser sabrosos, a excepción de fresas y manzanas. El mismo arado que se clava en tierra y empujándolo con el vientre y haciendo palanca con un leño, es también de madera y apenas si remueve la tierra; no permite grandes cultivos.

Los animales de que disponen son primero las ovejas de la tierra o chilihueques y luego las ovejas importadas de Europa, que encuentran un medio apropiado. Los grandes cuadrúpedos co-

mo los vacunos y caballares no se desarrollan mucho y son casi un lujo. Los cerdos se multiplican favorablemente, se alimentan de mariscos y sus jamones se convierten en un alimento regalado y en un comercio expectable.

La geografía es también paisaje entrevisto en los telares de la lluvia con sus bosques solitarios y profundos, donde la isla es un velero y los mástiles los alerces con una inmensa voluntad de navegar.

Los Horizontes

Los horizontes de la tierra son reales o fantásticos. Chiloé fue centro de rutas marineras y de audaces empresas. Era la dalca la embarcación chilota que se hacía puente y camino hacia lo desconocido.

"Y son estas piraguas —dice Rosales—, embarcación que por las grandes corrientes de aquellos mares se ha hallado la más a propósito para poderlos surcar, porque ni barcos ni otras embarcaciones son bastante ni a propósito para sobrepasar su braveza y sobrepujanza, por ser tan leves que suben y bajan sobre las hinchadas ondas como la espuma del mar".

Estas dalcas acercaban el horizonte de las islas, se internaban por los estuarios y abrían camino hacia Nahuelhuapi, por canales, bosques y lagos, o hacia el sur hasta más allá de Taitao. También llevaban a los alerzales frente a la isla en el continente por estuarios y ríos y eran el vehículo del comercio más famoso de las islas: las tablas de alerce.

La isla carecía de caminos y sus poblaciones siempre costeras se vinculaban por el camino del mar interior en las frágiles dalcas de tres tablas.

Los caminos de la evangelización seguían también sus rutas. La misión circular de Chiloé llegaba a todos los puntos poblados del archipiélago todos los años, recorriendo más de ochenta pueblos colocados en las innumerables bahías. Por el norte ellas abrieron los caminos a Nahuelhuapi, mientras fue misión, y aún el P. Nicolás Marcardi inició desde Chiloé sus audaces recorridos patagónicos hasta el Estrecho de Magallanes. Por el sur abrieron el camino de la

misión de los chonos y por los vericuetos de los canales alcanzaron hasta los calenes y taijatafes al sur del Golfo de Penas.

Y es la misma dalca chilota la que crea el barco fantástico que recorre las islas: el "Caleuche", nave desprendida de la imaginación de un pueblo de navegantes de audacias increíbles.

En el confín de los horizontes australes surge una ciudad seductora y rica: la Ciudad de los Césares, siempre buscada y siempre huidiza, que preocupa a las autoridades y exalta el espíritu conquistador y que enfervoriza a los misioneros que desean llevar a ella la luz del Evangelio.

Evolución Singular

Posee Chiloé una vida interior característica, que ha evolucionado hacia adentro hasta formar un conjunto del todo singular. Esto se refleja hasta en el lenguaje, que parece haber adquirido un matiz propio en sus palabras y expresiones. Basta leer un vocabulario de sus expresiones y palabras para percibir una mitología de seres extraños: Caleuche, el barco misterioso, camahueto, especie de unicornio y símbolo de la fuerza, que sólo puede ser atrapado con un sargazo o huiro; la pincoya o sirena, que es una ninfa del mar que protege la pesca y el marisco, cuya danza propicia la fecundidad de peces y mariscos como una diosa antigua; y el thrauco y el imbumche, espíritus malos. Este mundo mitológico se completa con las supersticiones y los brujos.

En el plano cristiano hay instituciones como los fiscales, que tienen un profundo significado religioso y cuentan con una tradición de tres siglos. Fueron introducidos por los misioneros jesuitas, tienen insignias de su cargo, desempeñan una serie de funciones religiosas. Y aunque el cargo fue común en América, el fiscal chilote asumió oficios y prerrogativas que no tuvieron sus congéneres de otras regiones. Estaban vinculados a la capilla de madera de los pueblos, a las oraciones, catequesis, atención de enfermos, moribundos y funerales. Llevan una cruz patriarcal de brazos dobles y son asesorados por un sotafiscal. En tiempo

de los jesuitas debían ser buenos cantores para mantener la tradición de la música sagrada. Las capillas tienen sus patronos y patronas que cuidan de los altares e imágenes, sus fiestas de cabildo (de origen español) con sus autoridades de pomposos títulos: supremo, gobernador, coroneles, regidores y ayudantes; las mujeres participan en ellas como supremas y princesas. Las fiestas están sujetas a un riguroso ceremonial dirigido por un maestro de ceremonias. Se añaden las fiestas de los santos y la de moros y cristianos, viejo autosacramental orientado a la conversión del pueblo infiel.

Junto a las capillas existe la casamita, que es una habitación destinada a las reuniones, a alojamiento del sacerdote y también a ofrecer alimento a los fieles, muchos de los cuales vienen de sitios lejanos.

La imaginería chilota no es toda importada, porque en las islas hubo artesanía de imágenes de madera y canchagua (piedra arenisca), que forma un arte de caracteres propios.

Las palabras nos conducen a los telares y sus diversas piezas, y a los tejidos, que son los boridillos, carros, sabanillas y huiñis.

La alimentación se ilustra de nombres de mariscos isleños, de las variedades de la papa, de bebidas alcohólicas como huachacay o huachucho, que son los aguardiente de trigo y papa, respectivamente. También se encuentran representados en el lenguaje los platos más típicos, como el curanto y el polmay (de mariscos), el baeme, lliulliu, milcao y thropon (de papas), el capulli y el luchicán (de luche), mella, meldu, mingao (de harina) y loco (de verdura).

Y así el lenguaje nos impone de aspectos culturales isleños de expresión propia y típica.

Piratas, Náufragos y Viajeros

La isla recibía a veces extraños visitantes: los piratas. Simón de Cordes en 1600 se apoderó de Castro, pero fue expulsado no sin pérdidas.

De nuevo en 1648 otro pirata, Enrique de Brouwer, asalta las ciudades de Castro y Carelmapu, y destruye Castro.

Mucho mayor fue el número de corsarios y piratas que pasaron de largo sin tocar las islas del archipiélago.

Otras veces eran los naufragos los que llegaban a la isla. El más famoso es el grupo de sobrevivientes de la fragata Wager de la expedición de Lord Anson formado por el capitán Cheap, el teniente Hamilton y los guardiamarinas Byron, abuelo del poeta, y Campbell, que arribaron a Chiloé en 1742 y gozaron de amable hospitalidad en Castro durante seis meses. Byron en su relato del naufragio nos ha dejado un recuerdo amable de la isla, no ausente de prejuicios.

Entre los viajeros que visitaron Chiloé el más célebre es Carlos Darwin, en los años 1834-1835, que en su obra sobre la vuelta al mundo hace un elogio del paisaje y sobre todo de los bosques de Chiloé y hace un retrato gentil de sus habitantes (que no sé por qué ha irritado a algunos historiadores de la isla).

El recuerdo del científico Darwin trae a la memoria los numerosos e interesantes informes sobre Chiloé de fines del siglo XVIII, y entre los autores descuelen el P. Segismundo Guell S. J., el P. Francisco Menéndez O. F. M., José García S. J., Carlos de Berenger y José de Moraleda.

Chiloé y la Independencia

La isla de Chiloé y su provincia, unida al resto del territorio nacional por el inquieto camino de las olas, guardó al rey de España una fidelidad tan sostenida que Darwin les oyó esta queja en las solitarias playas de Cucao: "Nos tratan así, porque somos pobres indios ignorantes; pero eso no ocurría cuando teníamos un rey". Y aún más, en 1926, año del centenario de la independencia del archipiélago, los chilotes mandaban decir misas "por nuestro muy amado rey, Fernando". Era Fernando VII el Desseado, último rey de Chiloé.

Ninguna parte de América tuvo una resistencia más constante al movimiento libertador. Fue el último baluarte español en América, porque la batalla de Ayacucho fue el 9 de diciembre de 1824 y Chiloé fue independizado el 14 de enero de 1826.

Durante la Patria Vieja, Chiloé contribuyó a la causa del rey con 200.000 pesos (cantidad exorbitante para la pobreza de la isla) y con 2.000 hombres, que se ha calculado como la vigésima parte de la población insular.

En 1817 tomó el mando de la provincia de Chiloé, Antonio Quintanilla, a cuya activa y vigilante administración se debió la resistencia.

Lord Cochrane, en 1820, entusiasmado por la toma de Valdivia, salió al punto hacia Chiloé confiando en que un golpe de mano le daría la victoria. Llevaba dos barcos, la goleta "Motezuma" y el transporte "Dolores". Llegó a la ensenada de Huechucucuy e hizo desembarcar al mayor Guillermo Miller para que se apoderara de noche de la fortaleza de Agüi, pero era tan negra la noche, tan sonoro el mar y tan huidizo el guía que sólo a la mañana pudieron ponerse en marcha y tomar la batería de la Corona; pero asaltar Agüi de día era otra cosa. Quintanilla reforzó Agüi con dos compañías y envió una lancha cañonera que al invasor lo asaltara por el flanco. Primero atacó Miller, pero los fuegos lo pusieron fuera de combate; el capitán Francisco Eréscano intentó un segundo golpe, pero en vano. No les quedaba otro camino que la retirada, que emprendieron para embarcarse y no volver, lamentando un buen número de bajas.

Con los derrotados de Valdivia, Quintanilla organizó un escuadrón de cazadores que fueron a Arauco a ayudar al guerrillero Vicente Benavides.

Quintanilla, en vista de la dura pobreza que tenía que soportar, envió en una fragata vieja a su colaborador, el coronel José Ballesteros, para pedir ayuda al Virrey del Perú. Obtuvo 10.000 pesos, pero hubo tantos inconvenientes en el viaje de vuelta que llegó al año y sólo con la mitad de lo concedido por el Virrey.

O'Higgins en 1822 envió a Clemente Lantaño, creyendo que la diplomacia pondría la isla en sus manos, pero Quintanilla se mantuvo en sus trece.

Inesperadamente dos barcos de corso pasaron a integrar las fuerzas realistas del archipiélago. Una de las naves tomó el nombre de "General Quintanilla", al mando del genovés Mateo Maineri, y la

otra, que se llamó "General Valdés", estaba mandada por el capitán Michael. Esta capturó dos barcos antes de desaparecer en un naufragio. La otra ocasionó serias dificultades por considerar enemigas todas las naves que no fueran españolas, pero alcanzó a subsistir a la campaña de 1824 por poco tiempo.

Muchas razones había para emprender la campaña de Chiloé en 1824, entre ellas porque apoyaban el gobierno de la isla a las guerrillas del sur, por los corsos que inquietaban el comercio y también porque se decía que la Santa Alianza, que había repuesto a Fernando VII y su gobierno absolutista, quería ayudarle a recuperar sus posesiones de América. Freire, que era Director Supremo, preparó la expedición de 1824 que contó con cinco buques de guerra, cuatro transportes y unos 2.149 soldados. No fue tan oportuna la partida para que se llegara a Chiloé en el tiempo más propicio para iniciar la campaña, pues las naves avistaron Chiloé el 23 de marzo. El plan era entrar en el puerto de San Carlos de Ancud, despreciando los fuegos de las fortalezas. Pero al enfrentar las naves la fortaleza de Agüi, la fragata "Lautaro" que conducía a Freire, se desvió y puso rumbo al este y echó anclas en las vecindades de la isla de Lacao. Quintanilla, que al ver la entrada de los barcos hacia San Carlos había sentido temor de la derrota, ahora, animado, no pensaba en ella y por eso fracasó la misión de Pedro Godoy, a quien envió Freire para pedir que incorporara Chiloé al territorio de la República. Dedicóse luego Freire a acciones secundarias, que aunque exitosas no significaban nada definitivo. Atacó las baterías del Chacao y se tomó este puerto; al otro lado del canal se apoderó de la batería de Coronel y del fuerte de San Javier de Maullín. Los libertadores experimentaron una pérdida, debida a los elementos, la de la corbeta "Voltaire", que se destrozó al encallar en las costas de Carlemapu. Freire encargó a Beauchef que con los batallones y una compañía, que sumaban mil hombres, cortara a Quintanilla el camino a Castro, adonde creía que el jefe se retiraría al verse amenazado en San Carlos. El 31 de marzo Beauchef desembarcaba en Dalcahue, un pueblo desierto, donde las fuerzas rea-

listas habían destacado algunos soldados para impedir el desembarco, pero sin éxito. Como el objetivo de Beauchef era tomar el camino de Castro a San Carlos, pasó la noche en Dalcahue y al día siguiente avanzó hasta Mocopulli, pequeño llano en forma de herradura y pantanoso, defendido por todos lados por barreras naturales. Allí el jefe realista Ballesteros tenía emboscada su gente, que alcanzaría a unos 1.000 hombres. Al comienzo la acción fue favorable a Ballesteros al desbaratar las fuerzas de Tupper y Beauchef, pero éstas lograron rehacerse. Al ordenar Beauchef a Rondizzoni que protegiera el camino a Dalcahue, la caballería realista quiso interponerse entre ambos, pero Beauchef envió una partida que consiguió dispersarla. En el ataque final consiguió tomar las posiciones de los realistas y aún un capitán alcanzó hasta tomar el camino de Castro a San Carlos de Ancud. Sin embargo las fuerzas patriotas no se hallaban en condiciones para continuar la marcha a San Carlos, porque las pérdidas habían sido demasiado grandes. Regresó a Dalcahue y de allí pasó a reponerse a la isla de Quinchao. Freire, en definitiva, al saber la situación en que se hallaba Beauchef, le dio orden de regresar.

A la llegada de Beauchef se pensó en el ataque general a San Carlos, el 9 de abril, pero las incesantes lluvias, la escasez de víveres y las dificultades en que estaban las naves fueron causa de que se ordenara el regreso al norte sin haber obtenido la victoria total, y Quintanilla resultaba el vencedor.

El 9 de diciembre de 1824 la victoria de Ayacucho ponía fin al poderoso virreinato del Perú. El 6 de febrero de 1825, Quintanilla y sus adictos son capturados por dos oficiales rebeldes, pero era tan sólido su prestigio que fue repuesto, y los rebeldes expulsados de la provincia. El 7 de marzo, Freire ve rechazada por Quintanilla su proposición de una rendición pacífica, en vista del triunfo de Ayacucho.

El 3 de julio, Bolívar instaba al Gobierno de Chile a independizar Chiloé. Todas las previsiones hacían cundir el desaliento en la isla, pero la llegada, el 5 de noviembre, de la goleta "Grecian",

con la noticia de una escuadra española rumbo a América, disipó las dudas y fortaleció los ánimos.

El último acto de esta dramática lucha fue la expedición de 1826. La formaban cinco barcos de guerra y cinco transportes, con un ejército de 2.575 hombres. General en Jefe era Freire, la escuadra iba al mando de Manuel Blanco Encalada, y el Jefe de Estado Mayor era el general José Manuel Borgoño. Se eligieron un tiempo más propicio y la acción combinada de las fuerzas de mar y tierra con el objeto de tomar la ciudad de San Carlos de Ancud, cuyas fortificaciones no dejaban de causar cuidado.

Las operaciones se desarrollaron con una rapidez y una precisión calculadas. Primero un destacamento tomó la batería de Corona; luego se combinó un ataque para tomar la batería de Balcacura, distrayendo la atención del fuerte de Agüi, que con esta operación quedó aislado. Entonces desembarcó el grueso del ejército que tomó posición en Balcacura y la flota entró al puerto de San Carlos bajo los fuegos de los fuertes, que poco daño le hicieron, y de las lanchas cañoneras, de las cuales desarmaron una. Freire, viendo su ventajosa posición, ofreció la rendición, que Quintanilla rechazó, porque aún tenía tres baterías en los contornos de San Carlos y sus tropas cerraban el camino al puerto. En la noche del 13 Blanco atacó con éxito las cañoneras que protegían las baterías del puerto y capturó tres. Para el avance de las tropas era necesario anular la batería de Poquillihue y atacar la posición de Quintanilla por el lado del mar. Esto se consiguió por el ataque combinado de cuatro lanchas cañoneras capturadas al enemigo y la artillería de Borgoño. Así lograron acallar la batería de Poquillihue y obligaron a Quintanilla a cambiar su posición. Atacó en se-

guida Maruri de frente a los realistas, mientras el grueso del ejército, mandado por Borgoño, tomaba posición por la derecha para impedir a Quintanilla la retirada hacia el interior y alcanzaba hasta la orilla del río Pudeto, al mismo tiempo que la vanguardia deshacía la caballería realista. Nuevamente Quintanilla cambió de posición y ahora al alto de Bellavista, que le dejaba libre el camino hacia Castro. El ataque de los cazadores de Maruri y de los granaderos de Tupper hizo flaquear a Quintanilla, que dispuso en la tarde la retirada a Castro, perseguido dos leguas por Tupper. Entre tanto, Borgoño había enviado al capitán Arengren a tomar San Carlos, mientras las lanchas cañoneras habían acallado las baterías del puerto. La ciudad semivacía no opuso ninguna resistencia. Así terminaba el 14 de enero, día decisivo de la campaña. Para prevenir la resistencia del interior, Freire envió a Castro naves y hombres; intimó el 15 de enero la rendición al fuerte de Agüi, que aceptó con la condición de que los soldados pudieran regresar tranquilamente a sus hogares, lo que fue concedido. Los acontecimientos se precipitaron. Quintanilla pidió armisticio y nombró plenipotenciarios para tratar las condiciones de la capitulación. Freire nombró los suyos. El tratado se hizo el 18 de enero, por el cual Chiloé se incorporaba a la República de Chile; los realistas entregaban las armas al vencedor, oficiales y soldados realistas quedaban en libertad para permanecer en el país o embarcarse al extranjero por cuenta del erario nacional; tampoco se removía de sus cargos a los funcionarios. El tratado de Tantauco fue firmado por los plenipotenciarios el 18 de enero y por Freire y Quintanilla ratificado al día siguiente. El 22 tuvo lugar en San Carlos la jura de la independencia, que completaba con solemnidad cívica la exitosa y breve campaña de 1826.

